

Juan Ramón Rodríguez Fernández

El análisis político del discurso

Apropiaciones en educación

Octaedro 

Colección Universidad

Título: *El análisis político del discurso. Apropiaciones en educación*

Primera edición: noviembre de 2018

© Juan Ramón Rodríguez Fernández

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.
C/ Bailén, 5 – 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02
octaedro@octaedro.com
www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17219-84-0

Depósito legal: B. 28025-2018

Diseño y producción: Ediciones Octaedro

Impresión: Prodigitalk

Impreso en España - *Printed in Spain*

Sumario

Agradecimientos	11
Prólogo: El regreso de lo político	13
Introducción	19

PRIMERA PARTE

Genealogía del análisis político del discurso educativo

1. Historia y génesis del análisis discursivo	23
2. Raíces filosóficas del análisis político del discurso.	37

SEGUNDA PARTE

La práctica del análisis político del discurso educativo

3. El análisis del discurso desde una perspectiva crítica de compromiso social.	81
4. Cuestiones metodológicas en el análisis político del discurso	99
5. El análisis político del discurso en los cursos de formación para personas beneficiarias de rentas mínimas de inserción	125
Bibliografía	161
Índice	173

Dedicado con cariño a mi madre.

Agradecimientos

No hay libro cuya autoría pueda asignarse única y exclusivamente al autor que lo firma. Obviamente, este libro no es ninguna excepción.

Me gustaría dirigir mis primeras palabras de agradecimiento a mis alumnos y alumnas del Grado de Educación Social de la Universidad de León, quienes tanto me han ayudado con sus preguntas, dudas y comentarios a la hora de reflexionar sobre las vinculaciones entre el análisis del discurso y la educación, así como sobre las posibilidades de este enfoque en el ámbito de la investigación educativa y en la propia formación docente.

Un agradecimiento especial va para César Cascante Fernández por sus ya algo lejanas en el tiempo clases en las asignaturas de Formación del Profesorado y Teoría del Currículum en la Licenciatura de Pedagogía de la Universidad de Oviedo, por introducirme en las complejidades de la teoría del discurso y el análisis político del discurso educativo y por su hábil y perspicaz labor como director de mi tesis doctoral. Sin su ayuda y asesoramiento, este libro no hubiera sido posible.

También tengo que agradecer a los profesores del Seminario de Análisis Político del Discurso de la Universidad de Essex, David Howarth y Aletta Norval, por crear en sus sesiones el estimulante ambiente académico necesario para adentrarse en los textos de Derrida, Foucault, Žižek y Laclau, etc., y en las posibilidades del pensamiento posestructural en las ciencias sociales.

El periodo en el que estuve como profesor invitado en la Universidad de Anglia Ruskin me permitió compartir y contrastar con el profesorado de la Facultad de Educación de dicha universidad buena parte de las ideas que posteriormente han dado forma a este libro. De mi estancia en Chelmsford he de reseñar muy especialmente las conver-

saciones y debates que mantuve con los profesores Dave Hill y Cassie Earl. Guardo un muy grato y productivo recuerdo de tales intercambios, los cuales, sin duda, han influido significativamente en la redacción de este libro.

Por último, quisiera expresar mi gratitud a Enrique Javier Díez Gutiérrez, profesor titular de la Universidad de León; a José Luis San Fabián Maroto, catedrático de la Universidad de Oviedo, y a Rosa Nidia Buenfil Burgos, investigadora del Centro de Investigación y Estudios Avanzados del IPN y profesora de la Universidad Autónoma de México, por sus muy interesantes sugerencias y oportunos comentarios sobre una versión previa de este texto. He intentado incluirlos hasta donde he podido o he sido capaz. Sobra decir que cualquier inexactitud o error es responsabilidad exclusivamente mía.

A todos ellos, mi más sincera gratitud.

Prólogo: El regreso de lo político

A partir de la crisis del capitalismo de principios del siglo actual y de la creciente fortaleza de algunos movimientos sociales que cuestionan de formas diferentes el orden neoliberal como solución de los problemas de la humanidad, surge cada vez más claramente el regreso de lo político.

Si alguien pensó que el fin de la Historia ya había llegado, que los problemas de los habitantes del planeta se irían solucionando técnicamente recorriendo más o menos rápidamente un camino ya trazado, que la política era la gestión del orden neoliberal, hoy, en las postrimerías de la segunda década del siglo XXI, para la mayoría de las sociedades, ese espejismo ha quedado roto.

Y al hacerse añicos el espejismo neoliberal se nos debe hacer patente al mismo tiempo que ese vacío político que deja, no puede ser cubierto por otras certezas.

Lo que podamos recuperar, en estos momentos de crisis evidente del neoliberalismo, de otras tradiciones políticas requiere una revisión radical que indague en sus presupuestos y desarrollos para plantearse, de modo tentativo, qué pueden aportar en este momento histórico para la mayoría de la población de nuestro planeta, en general, y de nuestras sociedades más próximas, en particular.

De esta manera el camino se vuelve incierto, se llena de encrucijadas, de dilemas no resueltos, que exigen un debate social abierto sobre hacia dónde debemos caminar, qué preguntas son las que nos debemos de hacer y qué tipo de respuestas debemos ir encontrando. Se hace necesario, pues, el cuestionamiento de los implícitos en los que se basaban nuestras certezas, los axiomas en los que estaban ancladas nuestras teorías políticas. Es el retorno de lo político a la política.

Pero el neoliberalismo no es solamente una forma de entender la política. Es también teoría y técnica filosófica, económica, antropológica, social, psicológica, educativa, sanitaria, comunicacional, tecnológica, urbanística...

El neoliberalismo está constituido de teorías y técnicas que han sido hegemónicas y que aún lo son, que ocupan de forma mayoritaria las universidades, el mundo científico y el artístico, las aulas, los hospitales, los medios de comunicación, etc., aunque empiezan a ser discutidas desde otras perspectivas.

En este terreno de las teorías y las técnicas, de los saberes, tampoco se trata de sustituir unas certezas por otras ya construidas, sino, más bien, de una reconstrucción de lo que sabemos desde otra perspectiva que examine sus proyecciones en la sociedad para cambiar las preguntas y para buscar otro tipo de respuestas que sean útiles para discutir el devenir de las sociedades.

Para decirlo más claramente, se deben de invertir los términos: lo originario es lo político que no está resuelto. Las preguntas a las que deben procurar responder las teorías y las técnicas tienen que partir de lo político, y lo político debe ser mostrado de forma relacionada con ellas para que sea objeto de reflexión y debate tras la aparente neutralidad de los conocimientos teóricos y los desarrollos técnicos.

Es, también en este campo de los saberes, el regreso de lo político o de la política en mayúsculas. La preocupación por la polis, por la mayoría social, por el tipo de sociedad que queremos construir como un terreno incierto, es en dónde caben diversas alternativas y dónde toda la ciudadanía debemos ser sujetos protagonistas.

Por otra parte, es necesaria la aceptación de que el conocimiento es multiparadigmático, que cada campo de conocimiento, aun los considerados científicos, están atravesados por diversas teorías y técnicas que parten de preguntas diferentes y de la búsqueda de respuestas también distintas.

Es decir que no existe la Economía nada más que como un cajón en el que quedan arrojados diversos paradigmas de conocimiento y sus desarrollos, o que la Psicología es, igual que todos los demás campos, un terreno en el cual podemos encontrar teorías antagonicas que luchan por su hegemonía, o, por poner otro ejemplo, que la Medicina también encierra diversas corrientes con sus diferentes teorías y prácticas que se relacionan implícita o explícitamente con diversas, incluso antagonicas, ideas de salud.

En este panorama, la educación está doblemente necesitada del regreso de lo político. Por un lado, porque constituye en sí misma un campo propio y por otro, porque la educación es enseñanza de teorías y técnicas procedentes de otros campos.

La política educativa, como la política en general, ha sido planteada por el neoliberalismo como un tema de gestión de los principios neo-

liberales en el que lo político no debe estar presente. Un problema de calidad del producto educativo en el que el sentido del término calidad es único y puede ser medido por medio de pruebas generalizadas.

Sin embargo, aunque las políticas neoliberales siguen siendo claramente hegemónicas en educación (buena muestra de ello es la aceptación de su concepto de calidad y su estándar de medición por aquellos que dicen oponerse a ellas), su fracaso desde una perspectiva social general resulta cada día más evidente.

Buena prueba de su fracaso social es que las generaciones más y mejor formadas desde su propia perspectiva están siendo relegadas a la precariedad laboral. Y que, por otra parte, la educación tampoco consigue, entre otras razones por su sumisión a la empleabilidad, contribuir como debiera a la formación de ciudadanos y profesionales con su propia lectura de la sociedad que les ha tocado vivir y de las opciones para abordar los problemas generales o de su campo profesional.

También en este terreno de la política educativa es indispensable el regreso de lo político para cuestionar el orden único y empezar a explorar otros caminos que surjan de la reconstrucción de tradiciones olvidadas.

Solamente admitiendo la diversidad de perspectivas en las políticas educativas y haciendo aflorar los presupuestos implícitos que contienen, podremos plantearnos, más allá de certezas infundadas, qué políticas educativas proponemos para afrontar los problemas de nuestras sociedades y a qué acuerdos podemos llegar.

Pero, más allá de la política educativa, también hace falta volver a lo político para revisar las teorías y prácticas educativas. Las teorías educativas y sus prácticas, no solamente las hegemónicas, están plagadas de supuestos no demostrables que deben ser señalados de cara a una adecuada revisión a la luz de sus repercusiones sociales. Solamente de esta manera será posible iniciar un diálogo enriquecedor a partir de la diversidad.

Sin el propósito de entrar en profundidad en estos aspectos implícitos en las teorías y prácticas educativas que, por su complejidad, exigirían mucha más extensión, me limitaré a señalar algunos de sus pre-conceptos que han sido ya señalados en la literatura correspondiente.

Gran parte de las teorías y prácticas educativas parten de la concepción de un sujeto preexistente al que se le otorgan unas determinadas características universales (todos los seres humanos, por serlo, son esencialmente de una forma u otra según la teoría de que se trate). Otorgadas unas supuestas y determinadas características al sujeto, a la educación se le adjudica como misión fundamental desarrollar esa pretendida naturaleza universal de los seres humanos.

Así, por ejemplo, las teorías y prácticas de inspiración rusoniana atribuyen a los seres humanos una naturaleza bondadosa y, a partir de

esa idea, establecen diversas pedagogías no directivas que han producido distintas prácticas en relación con teorías psicológicas. Por su lado, el neoliberalismo inspira prácticas en las que subyace la idea de un ser humano racional-competitivo que busca su éxito social individual.

Poco espacio queda para lo político si, como en los casos citados en el párrafo anterior, el núcleo duro de una teoría es una pretendida verdad indemostrable, un a priori a partir del cual se generan teorías y prácticas cuyas consecuencias sociales nunca llegan a ser discutidas.

Decía anteriormente que el regreso de lo político es doblemente importante en la educación, porque, además de constituir un campo propio, es también enseñanza de teorías y técnicas de otros campos.

A este respecto es sorprendente observar cómo en la enseñanza se suelen presentar a los educandos esos campos de conocimiento como monoparadigmáticos, es decir, como campos de conocimiento en los que no existen diversas teorías y prácticas que ofrezcan distintas perspectivas y desarrollos.

Presentar en la educación los campos disciplinares (historia, arte, filosofía, etc. pero también matemáticas, física, biología, etc.) como monoparadigmáticos constituye, en primer lugar, una tergiversación de su propia realidad, y en segundo lugar, una reducción empobrecedora. Asimismo, sitúa a estudiantes y profesores fuera de la realidad social en la que los hechos y circunstancias que se producen puedan ser interpretados y abordados desde los diferentes paradigmas que contienen cada una de ellas, de manera que lo que se estudia es difícilmente relacionable con lo que se vive, no ofrece posibilidades alternativas de discernimiento para el debate social. Nuevamente, de esta manera, se excluye lo político.

Con vistas al regreso de lo político, el Análisis Político del Discurso (APD) es una herramienta imprescindible. Cuando, como ahora sucede, el panorama científico-académico se llena de nuevas denominaciones que no son más que etiquetas comerciales y superficiales para la promoción de los profesionales que las crean o para una nueva forma de negocio de las empresas que están detrás de ellas, es más perentorio que nunca que sean objeto de enseñanza los diversos paradigmas presentes en cada campo de conocimiento que, por la profundidad de su mirada, señalen alternativas diferentes a las que ya conocemos.

Con todo, resulta más necesario aún si cabe, precisamente por que abre la posibilidad de que sean objeto de enseñanza diversos paradigmas dentro de un determinado campo de conocimiento, el desarrollo de un tipo de estudios, como los que desarrolla en APD, bajo cuya mirada los otros paradigmas (discursos, según la terminología propia del APD) aparezcan como lo que son: un conjunto de respuestas tentativas a determinadas preguntas de entre las posibles en un determinado espacio y tiempo de conocimiento.

El APD es un discurso que, al proyectarse sobre un campo de conocimiento, intenta desnudar los discursos que lo recorren mostrando sus limitaciones y sus consecuencias sociales y devolviendo a la polis su posibilidad de valorarlos por los efectos que provocan.

Permítaseme acabar señalando dos cometidos urgentes para el APD en Educación. El primero está ya definido en las líneas anteriores y viene de la mano de la investigación educativa: se trata de analizar los discursos existentes que inciden en su desarrollo cotidiano en los espacios de enseñanza, para mostrarlos como tales y abrir espacio a lo político.

El segundo, todavía menos desarrollado y con una tarea ingente por realizar, entronca con una nueva didáctica y se nutre de la investigación: consiste en ir progresivamente realizando experiencias de enseñanzas, en la educación escolar y social a todos los niveles, en las que los conocimientos que son objeto de enseñanza-aprendizaje se realicen como análisis políticos de los discursos, abriendo, así, el espacio de debate político a los educadores y a los educandos en las propias aulas y más allá de ellas.

En la medida en que vayamos realizando esta dos tareas, contribuiremos a la transformación social en beneficio de la mayoría, poniendo los conocimientos en sus manos sin mistificarlos, para que no se nos hurte la posibilidad de decidir de forma fundamentada nuestro propio futuro.

CÉSAR CASCANTE FERNÁNDEZ
Gijón, octubre de 2018

Introducción

A lo largo del siglo xx, y especialmente durante la década de los años sesenta, se produce en la filosofía y en las ciencias sociales un creciente interés por el papel que desempeña el lenguaje y lo discursivo en la construcción de lo social y de la subjetividad individual. Esta atención a los enunciados lingüísticos se relaciona con una serie de rupturas, en donde destaca especialmente la referente al cuestionamiento de los principios cartesianos que establecen la existencia de una nítida separación entre la mente y la realidad, entre el sujeto y el objeto. A este interés por el lenguaje se le denominará *giro lingüístico* y será la base que permitirá, en la segunda mitad del siglo xx, el desarrollo de una pléyade de diversas metodologías, teorías y estrategias de investigación social que se caracterizan por estudiar el uso del lenguaje en situaciones sociales cotidianas y por medio de formas reales de interacción: el interaccionismo simbólico, la etnometodología, el construccionismo social, la etnografía de la comunicación, la psicología sociocultural, la antropología simbólica... y diferentes formas del análisis del discurso, como el análisis de la conversación, el análisis (estudio) crítico del discurso o el análisis político del discurso (educativo). Cada uno de estos planteamientos tendrá unos matices y unas trayectorias de desarrollo diferentes según las tradiciones filosóficas en las que se apoyen, así como unos objetos de estudio propios que dependerán del área disciplinar a la que pertenezcan: sociología, antropología, psicología, ciencia política, lingüística, pedagogía, etc. Sin embargo, todos ellos mantienen el nexo común de considerar el lenguaje como «algo más» que un simple ropaje para expresar nuestras ideas: todos, en mayor o menor grado, afirman el carácter significativo y discursivo de la realidad.

En el caso del análisis político del discurso (APD), cuyo origen se puede situar a lo largo de los años ochenta en la Universidad de Essex, a partir de los trabajos de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, las filiaciones filosóficas vendrán fundamentalmente de la mano de las aportaciones del posestructuralismo, del posmarxismo, de la fenomenología, del relativismo y de la crítica posmoderna a los valores de la modernidad. Conceptos clave dentro del APD serán los de *hegemonía*, *antagonismo social* y *discurso*, entendiéndose este último como las producciones tanto lingüísticas como no lingüísticas y que se caracteriza, siempre desde el marco de la performatividad del lenguaje, por ser relacional, precario, histórico, abierto, etc. El APD, al cuestionar el carácter meramente representacional del lenguaje, al difuminar la separación entre objeto y sujeto, y al criticar la posibilidad de poder acceder de manera directa y objetiva a la realidad, se ubica claramente en las sendas marcadas por el pensamiento posestructural y posmoderno. Algunos de sus referentes son los trabajos de autores como Michel Foucault, Richard Rorty, Jacques Derrida, Ludwig Wittgenstein, etc.

Desde el ámbito de la educación, el APD educativo nos permitirá poner en relación aspectos globales y de orden macro con áreas y planos más locales y concretos, así como ver los vínculos entre lo político y el fenómeno educativo. En otras palabras, el APD educativo, dado que considera el fenómeno educativo como una construcción contingente, histórica y sujeta a relaciones de poder que lo determinan, nos permite abrir una puerta de análisis para desnaturalizar las concepciones hegemónicas. Se nos abre un espacio de reflexión a través del cual poder problematizar nuestras prácticas docentes, nuestras decisiones en el aula y, de esa manera, ser capaces de ponderar los efectos de diferentes opciones y propuestas educativas alternativas que han sido invisibilizadas por los discursos hegemónicos existentes en el campo educativo.

